



La libertad en tiempos de dependencia

por Georgina Santich

Nuestra libertad tuvo históricamente un vuelo acotado. La capacidad de obrar conoció limitaciones de toda índole y cabe aclarar que generalmente esas “índoles” terminaron siendo económicas. La libertad y su par, la independencia, son un binomio de difícil conquista que resultan usualmente coartados por la opinión y dictamen de proveedores y acreedores.

Opongamos el concepto de dependencia al de libertad y dejémonos llevar por los vientos Latinoamericanos de la Teoría de la dependencia para ver si es posible esclarecer algunos de los fenómenos que impactaron en nuestra historia como Estado y como Nación perteneciente a la gran América del Sur.

Esta teoría surge en Latinoamérica y algunos de sus precursores fueron Prebisch, Gunder Franck y Furtado, entre otros, y sus debates encontraron refugio principalmente en la CEPAL entre los años 50 y 70.

Una de las ideas-fuerza de ese marco conceptual establece una diferencia esencial entre las Naciones desarrolladas (centro) y las subdesarrolladas (periferia). Las primeras tienen mayor productividad relativa en el sector manufacturero y las segundas en la producción de bienes primarios.

Donde mayor productividad relativa implica que fronteras adentro la

productividad de un sector es mayor a la del otro y no comparativamente con los rendimientos de otras Naciones.

Proporcionada esta caracterización se puede plantear que las naciones desarrolladas logran generar un crecimiento autosostenido y las economías periféricas sólo lo hacen a través del impulso de las Naciones centro. El sistema funciona cual engranaje: el centro se orienta a una producción manufacturada y la periferia a una producción primaria, regida por los gustos, preferencias y necesidades del centro.

Centro y periferia comercializan para abastecerse de lo que no producen internamente y, en este sentido, se encuentra cierta lógica de división internacional del trabajo donde cada Nación se especializa en aquello en lo que ostenta una ventaja comparativa, siguiendo lo que los economistas ortodoxos llaman una ley de orden natural, es decir, que las cuestiones se acomodan de forma eficiente sólo guiadas por las leyes impuestas por el mercado en su libre albedrío.

El argumento es muy lógico pero sólo hasta que se lo mira de cerca: desde el punto de vista de la periferia lo que se exporta son bienes primarios con escaso valor agregado y lo que se compra al exterior son bienes manufacturados, es decir, bienes con mayor valor

agregado. El resultado de la ecuación es una tendencia al saldo negativo de la balanza de pagos para las Naciones que conforman la periferia y una tendencia opuesta, es decir superavitaria, para las economías del centro.

Este fenómeno, el tristemente célebre cuello de botella, no implica ni más ni menos que se está comprando al exterior más de lo que se está vendiendo, generando con ello un rojo en las cuentas externas. Al corto plazo la solución se establece habitualmente cubriendo este saldo negativo con reservas provenientes de las arcas de los bancos centrales o mediante el endeudamiento con el exterior.

Estos mecanismos sólo son una cura para el síntoma -no para la causa del problema- y, dado el carácter finito de las reservas y de la disponibilidad de fondos externos, es insostenible si el fenómeno se prolonga en el largo plazo y para esto no existe amparo de ninguna ley natural.

Ante esta disyuntiva, los precursores de la Teoría de la dependencia sugirieron que la cura real a la pandemia de la dependencia y el subdesarrollo se hallaba en la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Es decir, diversificando la matriz productiva de las economías, pasando desde una orientación casi exclusiva al sector agropecuario hasta poner en relevancia el papel desempeñado por la actividad industrial. Todo esto a causa del fomento e impulso del sector estatal, que ganaba un rol fundamental y dirigente en la actividad económica.

Para instalarse y desarrollarse, este sector contaría con dos grandes sostenes: por un lado, se abastecería de las divisas que ingresan al país gracias a las exportaciones del sector primario relativamente más productivo. Y, por otro, contaría con el total apoyo del Estado que limitaría las importaciones, generando un mercado interno cautivo, además de apuntalar la actividad por medio de subsidios, exenciones y diversas ayudas económicas.

Paradójicamente, la ISI provocó cuellos de botellas debido a la fuerte dependencia de insumos industriales.

En aquel estadio de la metamorfosis de la estructura económica, el pujante crecimiento de la actividad industrial clamaba por la incorporación de tecnología para la ampliación de la capacidad productiva y, en vistas que aquella aún no se producía puertas adentro, fue inevitable su agregación a través del comercio internacional de bienes con los resultados ya anticipados.

En el camino hacia la libertad y la independencia se saltó de unos tipos de dependencia hacia otros igualmente condicionantes.

Entonces, ¿la dependencia económica (en cualquiera de todas sus formas) será un yugo intransigente y eterno?, ¿es el subdesarrollo el único nivel de desarrollo posible para las economías periféricas? La respuesta es no.

Las economías con estructuras económicas que, dadas sus características, se conforman como periféricas o subdesarrolladas tienen herramientas para dejar de serlo y avanzar en la escalada al desarrollo. Es menester tomar conciencia de que subdesarrollo implica una secuencia dinámica hacia el desarrollo y no la nulidad

absoluta del mismo.

El quid de la cuestión se encuentra en que no sólo basta con sustituir importaciones y proteger a la industria orientándola exclusivamente al mercado interno, sino que para erradicar el problema de raíz es necesario diversificar la matriz exportadora, no sólo la matriz productiva. Insertándose en el comercio internacional se evitaría caer nuevamente en el error de cerrar la economía considerando al autoabastecimiento como única salida viable.

A través del fomento a las exportaciones de origen industrial se estaría generando una nueva fuente de provisión de divisas que contendría los estrangulamientos de la balanza de pagos, esbozando una salida armoniosa. El crecimiento del sector secundario no sólo no provocaría cuellos de botella sino que se autoabastecería quitando presión sobre el sector primario al exportar bienes con mayor cantidad de valor agregado.

La materialización de lo anterior significa que mermará la dependencia a la producción del sector agropecuario, al Estado (con el tiempo) y principalmente se dejará de depender del préstamo externo, cuestión que no sólo obstruye el desarrollo sino que nos somete a los designios y humores del prestamista.

Proyectar un sector secundario eficiente y que pueda insertarse en un contexto internacional, donde las industrias instaladas procedentes de los centros económicos ya han recorrido un amplio camino de aprendizaje y evolución, es un titánico desafío y sólo imaginable desde la lógica de un plan estratégico estatal que brinde no sólo protección a la industria sino herramientas para que ésta se profile lo suficientemente competitiva como para dejar de necesitar tales apuntalamientos.

El rol del Estado como orientador y precursor se revela inexcusable en pos de llegar al siguiente nivel, si bien los primeros lineamientos de consolidación de la industria no lograron su cometido, los planteamientos de la Teoría de la dependencia sentaron bases para comprender que nuestro único destino no tiene por qué ser el subdesarrollo y la dependencia obedeciendo las intenciones del mercado y las "leyes naturales" de la economía.

Si bien la panacea para el problema del subdesarrollo aún no se vende en las góndolas, un buen punto puede ser, como dicen en finanzas, diversificar para minimizar el riesgo y, de este modo, maximizar los beneficios de la libertad.

Georgina de los Ángeles Santich

- Estudiante avanzada de Licenciatura en Economía - FCE - UNL.
- Ayudante en la cátedra "Desarrollo económico" - 5º año de la carrera Licenciatura en Economía a cargo del Lic. Alberto Papini, FCE- UNL.
- Columnista programa "Economía sin zoncercas" - Radio Nacional Santa Fe.
- Integrante del CEDEBH